



Homilía en la Santa Misa de acción de gracias por la beatificación de dos mártires de la Familia Vicenciana Parroquia de San Francisco (Soria) – 14 de enero de 2018

Queridos hermanos y hermanas:

Un saludo para todos pero muy especial para las Hijas de la Caridad de nuestra Diócesis.

El 11 de noviembre tuvo lugar la beatificación en Madrid de 60 mártires de la Familia Vivenciana asesinados durante la persecución religiosa que se vivió en España en el S. XX. Entre ellos hay dos mártires sorianos de los cuales hago una brevísima semblanza:

El P. Teodoro Gómez Cervero nacido en Deza el 7 de diciembre de 1877. Sus padres fueron Agustín y María Antonia; fue bautizado a los dos días, el 9 de diciembre. Ingresó en la Congregación de la Misión, más conocida como Padres Paúles, y fue ordenado presbítero en 1901. Pasó 25 años en Cuba y, a su regreso a España, fue destinado a Valdemoro (Madrid) muriendo en la cárcel de Ventas el 15 de noviembre de 1936, como un buen cristiano, un buen sacerdote y un buen misionero.

El P. Manuel Requejo Pérez era natural de Aranda de Duero, población que entonces pertenecía a la Diócesis de Osma; nació el 10 de noviembre de 1872. Sus padres fueron Tomás y Cándida; bautizado también dos días más tarde. Fue sacerdote de nuestra Diócesis desempeñando diversas y difíciles tareas. Ingresó como Padre Paúl a los 56 años de edad. Destinado en Madrid encontró la muerte fusilado el 30 de agosto de 1936, cerca de Vicálvaro.

Hoy es un día de acción de gracias por el gozo que supone para nuestra Diócesis contar con la vida y el ejemplo de estos dos beatos. El 11 de noviembre en Madrid, en la Plaza de Vista Alegre, tuvo lugar la Misa de beatificación presidida por el Prefecto de la Congregación para las causas de los santos, el Cardenal Ángel Amato. Cuando se desplegó la gran pancarta con la imagen de los 60 mártires el momento fue impactante y la emoción fue intensa. Aquello era una fiesta. ¿Por qué? Porque los beatos han sido personas de carne y hueso capaces de dar su vida por Cristo. No nos quedemos en lo negativo, por decirlo así, en los causantes de la muerte, sino en estos 60 mártires vicencianos de diferentes partes de España: hombres y mujeres, jóvenes y algunos ya de edad, sacerdotes y misioneros paúles, hijas de la caridad y laicos que entregaron su vida por Cristo. Llama la atención la fe, la caridad y la devoción a la Virgen María de estos mártires, sobre todo al contrastar con el momento actual. Y me (os) pregunto: ¿Yo sería capaz de entregar mi vida por Cristo? ¿Y tú? ¿Y los cristianos de nuestra Diócesis?

Porque eso es un beato: una persona que ha llevado una vida ejemplar y que, por sus virtudes probadas, es propuesto por la Iglesia para el culto.

El lema de la beatificación rezaba *“Testigos y profetas de fe y caridad”*. Quiero señalar dos señas de identidad comunes a estos dos mártires y que nos pueden estimular a intensificar nuestra vida cristiana:

1. La capacidad de entrega y sacrificio por los demás. El P. Teodoro estuvo 25 años en Cuba entregándose en cuerpo y alma a los nativos, en jornadas a caballo y a pie (no olvidemos que es la Cuba de principios del S. XX), ocupando sus días, de manera infatigable, en la celebración de los sacramentos por centenares y en las catequesis. Y el P. Manuel el cual, después de varios años como presbítero de nuestra Diócesis, en concreto en la Catedral de El Burgo de Osma, ingresa en la Congregación de la Misión fundada por San vicente de Paúl buscando una mayor entrega desde la evangelización de los pobres.

2. El amor, diría más, la necesidad de la Eucaristía. El P. Teodoro, poco antes de su muerte, ante la imposibilidad de recibir la Eucaristía en la cárcel en la que se encontraba preso, se confesó y, sabiendo que se acercaba la hora de la muerte, hizo una comunión espiritual. El P. Manuel Requejo, junto con otro sacerdote redentorista, al ser descubiertos en el asilo de ancianos, comulgaron y consumieron la Eucaristía de la capilla. Hemos convertido la Eucaristía y la comunión en un mandamiento cuando es una necesidad para el camino. El Papa Francisco ha realizado unas catequesis sobre la Eucaristía. De una de ellas (8 de noviembre de 2017) extraigo estas elocuentes palabras: *“Inspirándose en las palabras de Cristo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna», cristianos de todas las épocas no han dudado en entregar su vida por amor a la Eucaristía. El testimonio de los mártires nos cuestiona también a nosotros: ¿Qué importancia le damos al sacrificio de la Misa y a la comunión en la mesa del Señor? ¿Buscamos de verdad esa fuente de agua viva que transforma nuestra vida en un sacrificio espiritual de alabanza y acción de gracias? La Eucaristía significa acción de gracias: acción de gracias a la Trinidad que nos introduce en su comunión de amor”*.

En la lectura del Evangelio de este domingo (Jn 1, 35-4, 29) el Señor nos dice: *“Venid y veréis”*. Aquellos primeros discípulos *“vieron dónde vivía y se quedaron con Él”*. Dios nos llama durante toda la vida, en cualquier momento. Estemos atentos a su llamada. La vocación (del tipo que sea) puede surgir de muchas maneras (de un acontecimiento o realidad que te estremece, del ejemplo de personas cercanas que nos estimulan con su vida) pero sólo si estamos atentos o buscamos como los dos discípulos del Evangelio podremos escuchar la llamada de Jesús que nos dice *“venid y veréis”*; así, viendo dónde vive, nos quedaremos con Él. La experiencia de los mártires de la Familia Vicenciana fue ésta: la respuesta al amor más grande, a Jesucristo, desde la fidelidad hasta entregar la muerte.

Nos encomendamos a ellos y pedimos por las vocaciones para nuestra Diócesis con la oración a los nuevos beatos:

Oh Dios, Padre de misericordia,
que por la mediación de nuestro Salvador Jesucristo
y la intercesión de la Virgen María, Madre Milagrosa,

nos concedes celebrar el 400 aniversario del comienzo del carisma vicenciano
con la beatificación de los Siervos de Dios
Teodoro Gómez Cervero, Manuel Requejo Pérez
y compañeros mártires de la Familia Vicenciana:
auxílianos con tu Espíritu Santo para ser capaces de permanecer
firmes en la fe y generosos en la caridad
siendo testigos creíbles del Evangelio de tu Hijo
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.